

quemó, pasando á sus defensores á cuchillo. Aquí terminó la campaña marítima de los turcos, pues no habiendo encontrado en Marsella al mariscal de Brissac, sin nada de lo que esperaban, tomaron la vuelta de Constantinopla.

A poco despues de concluida la paz con el pontifice, se habia vuelto el duque de Alba á Flandes, y en efecto ya le hemos visto como uno de los comisionados del rey en las conferencias de Ceream. Envió Felipe II de gobernador de Milan al duque de Sesa, y virey de Nápoles al duque de Alcalá. Los turcos no volvieron á parecer por entonces en aquellas costas. Las hostilidades que tuvieron lugar entre españoles y franceses en las fronteras del Piamonte y Lombardia, no produjeron ni batalla ni sitio de importancia. Se redujeron á correrías, á ataques de puestos, á escaramuzas parciales, á los lances comunes que producen luchas entre fuerzas poco considerables que no estan llamadas á decidir la suerte de una guerra. Se debatía la cuestion en las fronteras de los Países-Bajos: allí comenzó y allí debia ser su término.

CAPITULO XVIII.

Muerte del emperador Carlos V.-Su carácter.

MIENTRAS tocaba á su término una guerra, que en cierto modo habia legado á Felipe II, su padre Carlos V, llegó al suyo la existencia de este gran personaje, que aun en la obscuridad de su retiro, no dejaba de llamar los ojos de la Europa. Le hemos dejado en ella abstraído de cuantas atenciones, negocios y cuidados le ocupaban en el mundo; desprendido sin dar ningunas muestras de pesar, de todas sus pompas y grandeza, dividiendo el tiempo entre recreaciones inocentes y sus grandes devociones, siendo estas sin duda el negocio principal de su existencia. Con el tiempo fueron las últimas las que

casi le absorbieron. Creció su asistencia al coro, el número de sus ejercicios espirituales y tambien la austeridad que reinaba en todos los actos de su vida. Los historiadores nos hablan de sus mortificaciones, de sus ayunos, de la sangre en que estaban tenidas las disciplinas con que se azotaba, y hasta de sus quejas porque entre las penitencias á que se entregaba, no podia contar por falta de salud, la de dormir vestido. Se hacia esta falta de salud, mas notable cada dia. No era posible que dejase de aumentarse el quebranto corporal en un hombre envejecido antes de tiempo, que á tantas mortificaciones se entregaba; ni podia menos de afectarse su ánimo y su imaginacion, si se compara esta vida con sus anteriores circunstancias. Son algunos de opinion que no estaba cabal su juicio, en el último periodo de su vida; y entre otras se alega, como una prueba concluyente, que el emperador se hizo celebrar en vida sus exequias. El hecho es cierto, y lo extraordinario del acto, puede servir de fundamento de cualquiera hipótesis. Se verificó la ceremonia con todo el aparato y pompa fúnebre, propia de un personaje de su clase. Se tendió el emperador en un féretro con sus vestiduras reales, en medio de la iglesia, rodeado de hachas de cera, como se acostumbra en tales casos, y con la inmovilidad de un cadáver permaneció, unos dicen durante un rato, otros todo el tiempo que duraron los oficios. Era imposible que la impresion profunda de una ceremonia de esta especie, dejase de influir en una máquina tan quebrantada. Asi fué en efecto, y entre la apariencia y la realidad, medió muy poco intervalo de tiempo. A pocos dias de la ceremonia, se sintió enfermo el emperador, y resultó ser su mal una calentura maligna, que en lugar de aliviarse, le iba poco á poco acabando con las fuerzas. Se sintió Carlos V próximo á la muerte, y se preparó á este trance como quien le habia hecho objeto de muy serias consideraciones. Recibió los Sacramentos, y al llegar á la Extremauncion, preguntado si queria que se administrase con la ceremonia y forma-

lidades que en la comunidad se practicaban, respondió en la afirmativa, asistiendo en consecuencia al acto todos los religiosos, que en tono lúgubre cantaban los salmos Penitenciales, mientras duró la ceremonia. Al día siguiente pidió otra vez la comunión, y habiéndole hecho presente el prior que tanta frecuencia no era necesaria, respondió que ningún preparativo estaba demás, tratándose de tan largo viaje. Recibió el viático según sus deseos, y dijo después del acto con fervor: «*In me manes: ego in te maneam.*» Por la noche se sintió peor, y muy próximo á la muerte: reinaba en redor de su cama una escasa luz, y en los pocos religiosos y criados de confianza que le rodeaban, el silencio del sepulcro. Muy cerca de amanecer le rompió el emperador, diciendo: «Pocos instantes ya me restan: dadme esa vela y ese crucifijo», en lo que fué al momento obedecido. Después de tomar ambas cosas, y con los ojos clavados en el crucifijo, espiró á breve rato, pronunciando un ¡Jesus! con voz tan fuerte, que fué oído en las habitaciones inmediatas.

Tal fué el fin, poco menos que en la celda de un convento, de Carlos V, emperador de Alemania, soberano de España, de los Países-Bajos, de Milan, de las Dos Sicilias, de un inmenso continente de la otra parte de los mares. Bajo el aspecto del mundo y el poder fueron Carlo Magno, El y Napoleon los tres primeros personajes de la historia moderna de la Europa. No pondremos sin duda á Carlos V al lado de los otros dos en cuanto al genio creador, vasta capacidad y otras mas brillantes cualidades que los distinguieron; mas considerando el siglo ya adelantado en que vivió, y los personajes distinguidos que en su tiempo florecían, no puede menos de decirse que representó muy dignamente su papel y supo llenar su elevado puesto. Ya hemos visto que sin tener título al nombre de gran capitán, figuró noblemente al frente de sus tropas, y supo darles ejemplos de valor, de constancia y sufrimiento. Mas distinguida fué su capacidad en el manejo de los negocios, que en los cam-

pos de batalla: pocos le escedieron en prudencia, en sagacidad, en habilidad para sacar partido de las circunstancias. Enrique de Inglaterra y Francisco I, rey de Francia, que aspiraban y se dieron el título de sus rivales le quedaron muy inferiores en esto, como en otras muchas dotes de gobierno. Su ambición fué grande, mas no ciega; y aunque no se puede decir que fué siempre muy escrupuloso en los medios, se mostró en esto mucho mas mirado que otros muchos príncipes, tenidos por astutos ó sagaces. De carácter despótico, y criado en los principios del absolutismo, supo muchas veces cubrir su dureza, bajo formas apacibles y hasta populares. Ya hemos visto que se mostró mas prudente y circunspecto en la primera mitad de su reinado que en la última. Cuando su primera presentación en Italia, vencedor de Francisco I, adoptó el lenguaje y la conducta de un hombre moderado, á quien no desvanecía su fortuna. Cuando volvió á ella, después de su victoria en Túnez, se le vió arrogante y hasta jactancioso, acusando al rey de Francia en pleno consistorio y desafiándole á combate singular, en caso que prefiriese este medio de terminar sus disensiones. En 1550, indujo á los electores á nombrar por rey de los romanos á su hermano, cediéndole, para que sostuviera su nueva dignidad, sus estados hereditarios de Austria. Ninguna resolución parecia mas prudente que dividir la herencia inmensa que le habia cabido en suerte, como sin duda lo conoció por experiencia. Sin embargo le vemos andando el tiempo, trabajar, afanarse y hasta descender á súplicas, para que este mismo hermano renunciase sus derechos á la corona imperial, en favor de su hijo, que tenia ya tres años de edad cuando la cesión ya dicha. Con los comuneros vencidos fué algo indulgente; duro y hasta inflexible con los protestantes, que en virtud de su victoria de Mühlberg, creyó para siempre destruirlos. Fué su odio á éstos sectarios siempre sincero, algunas veces disfrazado con capa de moderación, en ninguna circunstancia desmentido. Según su propia con-

fesion, no tenia idea de ninguno de los puntos que daban pábulo á tan encarnizada controversion; y en sus conversaciones con los monges de Yuste, declaró que jamás habia consentido que se disputase en su presencia, por temor de alguna duda que su fé debilitase. El mismo confesaba que sabia poca gramática, y que sus parientes le habian sacado demasiado pronto de sus estudios para entrarle en los negocios. Es extraño que este emperador, que segun los historiadores fué el primero de Alemania, que desde algunos siglos no sabia latin, hubiese aprendido casi todas las lenguas vivas de Europa, hasta el punto de dirigirse en su lengua nativa á los de diferentes naciones que servian en su ejército; prueba de que su gran maestro fué el mundo y no los colegios ni los libros. Tambien se mostró en dichas conversaciones pesadoso de haber respetado el salvo conducto, dado á Lutero para su presentacion en Worms, alegando que ninguna fé ni palabra se debia guardar á los herejes, y que si podia perdonar á un hombre sus faltas y delitos contra otro hombre, de ningun modo los cometidos contra el cielo. Mas tal era la lógica y el modo de ver las cosas en aquellos tiempos; tales las ideas recibidas en el público, y adoptadas por los historiadores que ponen estas palabras en boca de Carlos V, como títulos de elogio, y celebran como virtudes su espíritu perseguidor, y el celo con que aun desde el retiro de San Yuste, excitaba á los inquisidores de España á que fuesen adelante sin intermision ni indulgencia en su trabajo.

Terminaremos este bosquejo de Carlos V, diciendo que fué bastante moderado en sus costumbres; que no mostró en su vida privada, ni los antojos ni caprichos crueles de Enrique de Inglaterra, ni los vicios y desórdenes del de Francia. De dos hijos naturales que tuvo, vino uno al mundo antes de haber contraido matrimonio, y el segundo cuando ya era viudo. Pesadas, pues, todas las consideraciones, y comparando las personas y las circunstancias, ningun hombre imparcial dejará de confesar

que Carlos V, como príncipe, como hombre de negocios y gobierno, valió mas que ninguno de sus contemporáneos.

Carlos V dejó de su matrimonio con la princesa Isabel de Portugal, ademas de Felipe II, á la infanta doña María, casada como hemos dicho con el príncipe Maximiliano, hijo de su hermano el rey de los romanos, y á la infanta doña Juana, regenta á la sazón de España. De sus hijos naturales don Juan de Austria y doña Margarita, duquesa de Parma, habrá mas de una ocasion de hablar en adelante.

En cuanto á sus dos hermanas doña María, reina de Hungría y doña Isabel, reina de Francia, que le habian acompañado de los Países-Bajos á España, le siguieron ambas con muy poca interrupcion en su sepulcro.

CAPITULO XIX.

Muerte de María reina de Inglaterra.-La sucede su hermana Isabel.-Protestantismo.-Paz de Catam Cambresis.-Muerte de Enrique II rey de Francia.-Vuelta de Felipe á España.-Estado de los Países-Bajos.

OTRA muerte ocurrió casi por aquel mismo tiempo que tuvo mucha influencia en el país y no pequeña fuera; á saber, la de la reina María de Inglaterra, mujer de nuestro don Felipe. Habia sido esta princesa desgraciada en su juventud como envuelta en el negocio del divorcio de su madre doña Catalina de Aragon y declarada ilegítima, incapaz de suceder á la corona. Se revocó esta disposicion de su padre cuando despues de la condenacion de Ana Bolena, se consideró como bastarda la hija de este matrimonio. Las dos princesas se vieron en alternativas y vicisitudes de legitimidad y bastardía, segun las olas de las facciones que subian y se retiraban. A la muerte de Eduardo VI, estaba María poco menos que en un estado de confinamiento. Comenzó á reinar en tiempos muy difíciles; se mostró reaccionaria y perseguidora, y tanto por

esto como por su matrimonio con el príncipe de España, fué muy poco popular á un partido que segun se vió despues era en extremo numeroso. A esta desagradable situacion, el disgusto de considerarse odiada, á la afliccion que le causaba el desvío de su esposo por quien habia hecho tantos sacrificios, se añadió la pesadumbre de la pérdida de la importantísima plaza de Calais en una guerra que habia declarado á Francia solo por el interés de don Felipe. Todas estas causas contribuyeron á la alteracion y pérdida de una salud de suyo nada buena, y de resultas de una hidropesía que desde un principio se tomó por embarazo, murió María en Greenwich de 43 años de edad, muy poco despues de Carlos V.

La sucedió en la corona sin ninguna oposicion, su hermana la princesa Isabel hija de Enrique y de Ana Bolena que tambien habia sido el juguete de varias vicisitudes de fortuna. La miraba su hermana Maria con doble aversion como hija de una mujer por quien su madre habia sido desgraciada, y como adicta á las innovaciones religiosas de las que se mostraba la reina tan contraria. Confinada en un encierro desde su subida al trono hubiera sido aun peor su condicion, sin la mediacion de don Felipe que por pura simpatía, ó quizá con otras miras, se declaró protector de la princesa desgraciada.

Por la muerte de María pasó Isabel de la prision al trono amaestrada en la adversidad, y con bastante tino para conocer la situacion de los negocios. Se dice de esta princesa que aprovechó el tiempo de su confinamiento entregándose al estudio y á la observacion de los disturbios que desde muchos años trabajaban el pais, enlazados algunos de ellos con su propia suerte. Sea por conviccion, sea porque asi lo aconsejase su política, tomó á su subida al trono un rumbo opuesto al de su hermana. Como ésta, se declaró jefe y protectora del partido católico; así se decidió abiertamente Isabel en favor del protestante que fue desde entonces el culto do-

minante del pais; y tomó el mismo carácter que su padre de jefe y cabeza de su iglesia.

Produjo la muerte de María reina de Inglaterra un cambio importante en uno de los artículos de la paz que entre Francia y España se estaba negociando. Se estipulaba en el tratado el matrimonio del príncipe don Carlos con la princesa Isabel, hija de Enrique II; mas habiendo quedado viudo el rey de España durante estas conferencias, solicitó y obtuvo que la mano de la princesa se destinase para él mismo. Las negociaciones continuaron con grande ardor; tal era el deseo de ajustar cuanto antes definitivamente este tratado. La nueva reina Isabel envió sus plenipotenciarios al congreso.

Dicen algunos historiadores, y puede creerse que, Felipe II trató de negociar la mano de esta princesa para Filiberto duque de Saboya y en seguida para él mismo. Sin duda estaba celoso de la gran preponderancia que iba la Francia á adquirir en aquel pais por el matrimonio del Delfin con Maria Estuardo reina de Escocia y que alegaba derechos á la sucesion de Inglaterra por la ilegitimidad alegada de la nueva reina. (1) Lo cierto es que para manifestar mejor este derecho, habia unido á sus armas las de Inglaterra, lo que ofendió muchísimo á su reina. Mas á pesar del cebo de una proteccion tan poderosa como la del rey de España, tenia esta princesa muy diversas miras y eludió su oferta con plausibles pretextos, alegando sobre todo vínculos de parentesco lo que fue principio del odio que la profesó toda su vida el rey de España, quien desairado en esta pretension, adoptó la sustitucion que hemos ya indicado.

Se publicó por fin la paz ajustada en Catam Cam-

(1) Para comprender esto mejor, téngase presente que una hermana de Enrique VIII rey de Inglaterra fue reina de Escocia, mujer de Jacobo IV, y abuela de Maria Estuardo. Así alegaba esta sus derechos á la corona de Inglaterra apoyados en la bastardia de Isabel, del mismo que Juana Grai descendiente de otra hermana de Enrique VIII habia fundado sus pretensiones en la ilegitimidad de Isabel y de Maria.

bressis el 5 de abril de 1559. Fueron sus artículos principales: la renuncia del rey de Francia á la alianza de los turcos y protestantes: su union con los príncipes católicos, favoreciendo de consuno con ellos la conclusion del Concilio de Trento: su restitucion al duque de Saboya de todo lo que le habia tomado en el Piamonte, á excepcion de cuatro plazas en que habia de establecerse guarnicion, hasta que dentro de tres años se decidiese jurídicamente á quién correspondia aquel estado: su restitucion asimismo á los genoveses de la isla de Córcega y su evacuacion de las plazas de Toscana: los reyes de Francia y de España debian de restituirse mutuamente todo lo que durante la guerra se habian ocupado en la frontera de los Países-Bajos. (1).

En cuanto á la plaza de Calais se estipuló que quedase en poder del rey de Francia, dando á la reina Isabel ocho años de término para rescatarla por una suma de dinero, y pasado cuyo término quedaba sin ningun derecho á ella.

Las tres plazas ú obispados, como entonces se llamaban, de Metz, Toul y Verdun, quedaron desde entonces incorporados á la corona de Francia, no habiendo asistido al congreso ningun plenipotenciario por parte del imperio que las reclamase.

Ademas del matrimonio estipulado en el convenio del rey de España con Isabel, hija de Enrique, y con el dote de 400,000 florines, se ajustó el de Filiberto, duque de Saboya, con Margarita, hermana del mismo rey de Francia, con el de 300,000.

Fueron enviados por el rey don Felipe de Bruselas á Paris, con el objeto de que el de Francia firmase el tratado de paz, el duque de Alba, el príncipe de Melito, el príncipe de Orange y el conde de Egmont, llevando ademas comision de cumplimentar á la reina de Francia y á

(1) Vease la nota J al fin del tomo.

las princesas prometidas esposas del rey y del duque de Saboya. Por la parte del rey de Francia fueron á Bruselas con el mismo objeto el cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency y el duque de Guisa.

Fué celebrado este tratado de paz tanto en Bruselas como en Paris con muchos regocijos. En esta última capital se agregaron á ellos las fiestas magnificas que se dispusieron con motivo del matrimonio de la princesa Isabel de Francia con el rey de España, haciendo las veces el duque de Alba en la ceremonia que tuvo lugar el 24 de junio en la catedral de Nuestra Señora, á que asistieron el rey y la reina con toda la grandeza. Mas estas fiestas terminaron de un modo lastimoso y trágico, habiendo sido herido mortalmente el rey de Francia en el torneo justando con el conde de Montgomery, capitán de sus guardias, de cuyas resultas murió dentro de muy breves dias.

Fué la muerte de este rey una verdadera calamidad para el pais en aquellas circunstancias. Aunque no hombre de gran mérito (1), conocia los negocios, habia hecho la guerra y se hallaba en la fuerza de su edad, mientras el heredero que dejaba, jóven de diez y seis años, era tan débil de cuerpo como de ánimo, el menos á propósito para coger las riendas del estado en aquellas circunstancias. Sus otros hermanos eran niños todavía, y su madre, la famosa Catalina de Médicis, por sus intrigas y por su misma astucia y política torcida se hallaba mas en estado de aumentar y fomentar, que de aplacar los disturbios que amenazaban á la Francia. Una porcion de personajes, entre quienes se contaban príncipes de la

(1) Ocupa este príncipe en la historia un puesto muy inferior al de su padre. Con sus estados heredó su pasión por Diana de Poitiers, creada duquesa de Valentinois, que á los 60 años tenia la habilidad de fascinar á Enrique. Fué muy grande el crédito ó influencia que ejerció esta dama en la corte y negocios mas graves del Estado. De ella se valió como de su agente poderoso el cardenal Carraffa, sobrino del papa Paulo IV, para inducir al rey á infringir la tregua que habia ajustado con Felipe.

sangre, habian abrazado el calvinismo quizá por conviccion, mas tambien por odio á los Guisas, que pasaban por dominantes en la córte. Se contaban entre los religionarios el rey titular de Navarra Antonio de Borbon, su hermano el príncipe de Condé, el almirante Coligni, su hermano Audelot y otros varios personajes. En las provincias del mediodia sobre todo contaban con muchas ciudades y fieles adherentes. La misma córte estaba dividida entre la faccion de los Montmorency y de los Guisas, distinguiéndose estos últimos por su mayor ambicion, mayor capacidad y mas audacia. Era sin disputa el duque de Guisa el que gozaba de mas gloria personal en Francia. Muy cercano estaba el dia en que los celos, las animosidades, la ambicion y la intolerancia religiosa iban á encender en el pais el fuego de la guerra civil que tardó mucho mas de un cuarto de siglo en apagarse. Ya veremos lo que con estos acontecimientos está mezclada la historia, sino precisamente de España, al menos de nuestro don Felipe.

CAPITULO XX.

Trata Felipe II de restituirse á España.-Estado de los Países-Bajos.-Bosquejo de su historia durante su posesion por los duques de Borgoña.-Por los príncipes de la casa de Austria.-Disposiciones de Felipe.-Ereccion de nuevos obispados.-Nombramiento de gobernadora de los Países-Bajos.-De gobernadores de las diferentes provincias.-Se embarca el rey y llega á España.

MIENTRAS tanto (1559) se hallaba impaciente este monarca de volver á España, pais de su nacimiento, de su educacion, de su predileccion, y del que se hallaba ausente desde 1554. Solo la necesidad de atender á los negocios de la guerra le habia detenido en Flandes despues que se puso en posesion de los vastos estados de su padre, por lo que inmediatamente que vió ajustada la paz y celebrado su matrimonio por poder, no pensó mas que en ejecutar su proyecto favorito.

Mas si su inclinacion, el estado de los negocios de España y los ruegos de la regente su hermana le llamaban otra vez á este pais, no debia de mirar sin gran cuidado, sin sérias inquietudes el estado en que Flandes se encontraba. Exige el órden cronológico y la naturaleza de esta obra que antes de pasar adelante fijemos los ojos en un pais que representa uno de los primeros papeles en la historia de Felipe II, como que formaba una parte importante de su monarquía, y fué teatro de los mas grandes acontecimientos que ocurrieron durante su reinado. Bajo el aspecto de la localidad, bajo el de su indole, de sus instituciones, de sus convulsiones políticas, de sus guerras formales, es digno este pais de las indagaciones del historiador, de las meditaciones del filósofo. Allí se desarrolló la industria de un modo prodigioso, y florecieron las primeras plazas y emporios del comercio del mundo: allí lucharon del modo mas encarnizado los principios opuestos en religion y en política: allí lucieron su habilidad y genio los primeros y mas esclarecidos capitanes de aquel siglo, tan fecundo en campos de batalla.

La region llamada entonces Países-Bajos y tambien Flandes, del nombre de una de sus principales provincias, comprendia con alguna diferencia los dos reinos que hoy se denominan Bélgica y Holanda. Formaban los belgas parte de la Galia, segun la descripcion que nos ha dejado de ella Julio César, y se lee repetidas veces su nombre en la descripcion de las guerras que hizo en este pais por espacio de diez años. Tambien el nombre de los Batavos, de los Frisones, dos provincias de los Países-Bajos, son conocidos y se hallan enlazados con las conquistas de los romanos en las provincias del Rhin, y las partes de la Germania con este rio confinantes. Cuando la irrupcion de los bárbaros del norte y trastorno del imperio romano de occidente, se perdió su nombre y desapareció su historia como la de una infinidad de estados que en la confusion de tantas transmigraciones quedaron como envueltos. Sin duda hicieron parte los Países-Ba-